

***The Hero's Fight. African Americans in West Baltimore and the Shadow of the State.*—Patricia Fernández-Kelly. Princeton (New Jersey, US) y Oxford (UK): Princeton University Press, 2015**

Lorenzo Cachón Rodríguez

Universidad Complutense de Madrid
lorenzo.cachon@gmail.com

Brown (Misuri), Garner (New York), McDonald (Illinois), Rice (Ohio), Scott (Carolina del Sur), Bland (Texas), DuBose (Ohio), Taylor (Texas), Sterling (Luisiana), Castile (Minnesota), Scott (Carolina del Norte), son ya 196 los afroamericanos muertos por la policía en Estados Unidos en 2016. En esa lista hay que incluir a Freddie Grey, en Baltimore (Maryland). Estos casos han tenido una amplia resonancia pública y han provocado protestas porque en todos ellos (y sólo en estos casos) hay imágenes que muestran la muerte de estos (casi todos) jóvenes (y todos) afroamericanos por excesos o negligencias policiales. Que son, cuanto menos, excesos policiales, lo muestra el que, en la mayoría de ellos, la policía (la institución) ha aceptado pagar sumas millonarias a las familias de las víctimas para no ir a juicio. En el caso de Gray, la policía aceptó pagar 6,4 millones de dólares. Freddie murió el 19 de abril de 2015, una semana después de su detención, por una lesión de la columna vertebral que se produjo durante su detención y por no prestarle atención médica con rapidez. Seis policías fueron acusados de diferentes malos comportamientos y negligencias. Durante la semana que Freddie estuvo en coma se produjeron numerosas protestas, algunas de ellas violentas. En Baltimore no había habido tantas protestas desde la muerte de Martin Luther King Jr. en 1968. Volvían los graves conflictos raciales que se han producido en grandes ciudades de Estados Unidos como Chicago, New York, Miami o Los Ángeles. Tan grave parecía la situación en Baltimore que el Departamento de Justicia encargó una investigación a la División de Derechos Civiles. En agosto de 2016 el Departamento de Justicia publicó un informe titulado *Investigation of the*

Baltimore City Police Department, en el que señala que hay “motivos razonables para creer que el Departamento de policía de Baltimore está inmerso en un patrón o prácticas de conducta que viola la Constitución o la ley federal” y que practica arrestos inconstitucionales, con disparidades injustificadas en las tasas de detenciones de afroamericanos, que usa una fuerza excesiva y que practica represalias contra las personas que participan en expresiones protegidas por la Constitución. El caso de Baltimore no es único. Pero sí es un caso “ejemplar”. Por eso es necesario comprender lo que sucede en Baltimore.

No sé si decir que quiso la causalidad o el destino, que unas semanas antes de la muerte de Freddie Gray, apareciera el libro de Patricia Fernández-Kelly, *The Hero's Fight. African Americans in West Baltimore and the Shadow of the State*. También es cierto que, dado el gran número de muertes violentas de afroamericanos en Baltimore, este libro siempre hubiera aparecido en la proximidad de una de ellas. Y, por tanto, siempre hubiera sido de actualidad. Pero *The Hero's Fight* no es el libro circunstancial, sino una profunda etnografía elaborada durante unos veinte años de investigación continuada por su autora, profesora de sociología e investigadora en la Universidad de Princeton, New Jersey.

Freddie Gray vivió y murió en el barrio de Sandtown-Wischester de Baltimore, precisamente unos de los tres barrios del estudio de Fernández-Kelly. Un barrio cuyos orígenes hay que buscarlos en el siglo XVIII, con la llegada de inmigrantes europeos que se emplearon como trabajadores poco cualificados o como sirvientes de las clases pudientes de Baltimore. Un barrio que casi desde sus orígenes ha

sido objeto de estudio por los problemas de pobreza y enfermedades. Un barrio que vio la llegada de afroamericanos con la gran migración hacia el norte industrial desde el sur rural y que en la primera mitad del siglo xx asistió a la “huida de los blancos” que lograron hacer realidad algo del “sueño americano”, mientras estos americanos más antiguos, como son los afroamericanos, quedaban atrapados en el barrio en pleno declive industrial. Un declive industrial que está llevando al declive urbano que se manifiesta, entre otras cosas en la pérdida de población que se ha reducido desde casi el millón de habitantes que tuvo en el censo de 1950 a sólo algo más de 600 000 en la actualidad. Pero con ser un dato muy revelador, no muestra suficientemente la tremenda crisis de una ciudad caracterizada por sus desigualdades extremas. Si la esperanza de vida de Sandtown-Wischester es como la de Bangladesh, la de los barrios ricos de Baltimore es similar al Japón: es decir, las más cortas y las más altas del mundo dentro de una misma ciudad de grandes contrastes dirigida en la actualidad por una joven alcaldesa demócrata afroamericana, signo de que algo está cambiando en Baltimore.

En 1987 apareció el clásico *The Truly Disadvantaged. The Inner City, the Underclass, and Public Policy* de William Wilson, que exponía el efecto que estaban teniendo los procesos de desindustrialización en Estados Unidos sobre las perspectivas de empleo de los afroamericanos. Dos años después, bajo el estímulo de estos planteamientos, Fernández-Kelly comenzó a entrevistar afroamericanos y sus familias en varios barrios de Baltimore, confirmando los resultados que Wilson había obtenido estudiando en Chicago. Pero el viaje de la investigación, convertido en una auténtica inmersión personal, llevó pronto a la autora a descubrir el impacto de la segregación residencial que Massey y Denton estaban entonces poniendo de manifiesto en diversos artículos y que culminaron con la publicación de (otro clásico) *American Apartheid. Segregation and the Making of the Underclass* en 1993. Pero Fernández-Kelly enseguida se topó con otro factor fundamental, en torno al cual se va a articular el argumento fundamental más novedoso de su libro: la relación entre las personas que sufren situaciones de pobreza y los agentes del estado que

tratan —específicamente— con ellos. Una línea de investigación que se inscribe la línea de los trabajos de Garland (*Punishment and Modern Society*, 1990), Harvey (*A brief History of Liberalism*, 2007), Wacquant (*Prisons of Poverty*, 2009) y Alexander (*The New Jim Crow*, 2010).

Ya cuando uno ojea el índice del libro se detecta una primera e interesante novedad que ofrece *The Hero's Fight*: sus 16 capítulos van alternando un capítulo que recoge una biografía de una persona (y una familia en sentido extenso) real, y otro capítulo que analiza el contexto concreto que ayuda a entender el devenir biográfico de esa persona en Baltimore en alguno de los aspectos contextuales claves, al modo de *La misère du monde* de Bourdieu. Y así nos presenta a D. B. Wilson y su vida en la Baltimore industrial y los efectos del inicio de la desindustrialización; a Big Floyd y el papel de la desinversión productiva junto con la multiplicación de las instituciones estatales marginales orientadas a intervenir en situaciones de pobreza y su “compromiso distorsionado” (volveremos sobre esto, porque constituye el eje argumental central del libro); a Little Floyd y el papel de esas instituciones en el “error-de-reconocimiento” en la infancia que se muestra no sólo ineficaz para proteger a los niños sino que produce la deslegitimación de la autoridad de los padres; la biografía de Clarise muestra que el papel del capital social (en forma de importante red de relaciones de reciprocidad) viene obstaculizado por la falta de recursos materiales y la intrusión burocrática; la de Towanda pone de manifiesto la conexión situacional entre los embarazos adolescentes y la pobreza, y que no son factores culturales los que llevan a esos embarazos tempranos; la de Lydia ayuda a comprender el papel (de agencia) de la religión en situaciones (estructurales) de pobreza; y, finalmente, la de Manny Man y una nueva forma de emprendedor frente a los fracasos emprendedores de su padre. Una vida que termina cuando Manny Man, como era conocido en las calles de Baltimore “fue encontrado tirado en las escaleras de la casa de su madre con dos balas en la cabeza”. Tenía 18 años y era un exitoso narcotraficante. Dos meses antes de su muerte se había entrevistado, por última vez, con la autora de *The hero's fight* en casa de su abuela.

Nombrar de esta manera las siete biografías que Fernández-Kelly relata no hace honor a la enorme riqueza etnográfica del texto: escrito desde la mirada de la socióloga que ha entrevistado en profundidad a más de 260 personas de sesenta familias (al final del libro se ofrece un mapa que permite identificar las relaciones familiares) en distintos momentos a lo largo de veinte años, viéndolas crecer siempre en Baltimore; una mirada alimentada también de observación participante; tan participante que en algunos momentos del libro, al relatar las biografías, la autora desvela algunos detalles que muestran su implicación y compromiso personal con algunas de estas personas y sus familias. Una inmersión de veinte años en Baltimore, iniciada cuando la autora era profesora en la Johns Hopkins University (que tiene su base en Baltimore) y continuada con numerosos viajes cuando la autora pasó a ser docente en Princeton University. El resultado de este análisis biográfico son siete “narraciones” de vidas, muchas de ellas entrelazadas entre sí y a veces superpuestas por ser todas ellas vidas familiares, donde sentimos pasar ante nosotros la emoción de la vida de estos afroamericanos de Baltimore, sus luchas, sus ilusiones y sus fracasos, muchos fracasos. A veces de modo muy intenso, como cuando nos narra el nacimiento del hijo de Towanda, madre analfabeta de 15 años. Patricia Fernández-Kelly estaba allí y ve a toda la familia en aquel momento y nos puede mostrar el disgusto de la abuela (Lydia) y el orgullo del joven padre (“Ahora, tengo a alguien por quien vivir, alguien que me necesita y que me admirará”). Y mientras “sentada en un rincón, Towanda masticaba chicle con satisfacción. Era su momento de triunfo”.

Pero si las biografías son la mitad del libro, la otra mitad está orientada a hacer comprender esas biografías. Y es ahí donde *The hero's fight* nos ofrece un análisis de enorme actualidad y con gran fuerza heurística. Para comprender el devenir biográfico de los afroamericanos de Baltimore, Fernández-Kelly no sólo huye de interpretaciones culturales (como se hace con frecuencia desde el pensamiento conservador, como es el caso del influyente Ch. Murray), sino que defiende sólidamente

una perspectiva situacional. Para explicar la situación de los pobres en general, y de los pobres afroamericanos en particular, no hay que buscar tanto entre presuntos valores y actitudes desviantes, sino en lo limitado de las oportunidades sociales de que disponen. ¿Cómo ha llegado Baltimore y otras *inner-cities* a la situación actual, esa donde, por ejemplo, mueren tantos afroamericanos a manos de la policía? Para responder a esta cuestión, Fernández-Kelly defiende que primero, en línea con Massey y Denton, “es necesario considerar el efecto combinado de la retrogresión del capital y de la segregación residencial durante la primera parte del siglo xx, que han transformado los vecindarios de la clase obrera en guetos de negros caracterizados por la indigencia persistente y la desconexión de una sociedad más general”; y en segundo lugar, que “los espacios dejados vacíos por la salida de las inversiones productivas han sido ocupados por dos actores sociales cuyo efecto conjunto ha modificado críticamente la vida de los residentes: uno es el comercio predatorio (de drogas) y el otro son las múltiples agencias y programas gubernamentales que ejercen lo que llamo —dice Fernández-Kelly— un “compromiso distorsionado” (*distorted engagement*) entre el estado estadounidense y los pobres urbanos”. Si Peter Evans había introducido el concepto “autonomía incrustada” (*embedded autonomy*) para explicar los distintos grados con que los estados nacionales implementan políticas específicas respecto a diferentes sectores sociales, Fernández-Kelly, contraponen las instituciones generales del estado que se orientan al conjunto de la población y que interactúan con los ciudadanos como sujetos de derechos y responsabilidades, a las “liminal institutions”, es decir, “agencias públicas, departamentos u oficinas que operan bajo el supuesto implícito o explícito de que sus demandantes son probablemente tramposos y poco dignos”. Entre esas instituciones “marginales” se incluyen las que buscan erradicar los delitos (sistema de justicia, policía, cárceles), las que proveen rentas y servicios a familias pobres y las que persiguen proteger a menores desprotegidos. Son instituciones que ejercen una “violencia simbólica” (Bourdieu), practicando una benevolencia ambivalente y desarrollando un trato especial con

sus “clientes” que puede llegar a ser humillante. Tres son los mecanismos fundamentales del “*distorted engagement*” de estas agencias, según Fernández-Kelly: paliación (políticas sociales que intentan amortiguar los efectos de la desinversión productiva); severa regulación (que, en el caso de los pobres, viola con frecuencia los estándares normativos de privacidad y decoro); y violencia (material y/o simbólica). La interacción frecuente con estas agencias liminares lleva a los sujetos a desarrollar determinadas prácticas de modo rutinario; y según Fernández-Kelly este es el “gran” resultado de estas agencias que inundan los barrios pobres de Baltimore. Porque el “*distorted engagement*” de estas instituciones no logra compensar los efectos del legado de la historia de la desigualdad racial y de clase ni recomponer el tejido productivo y social roto por la desinversión productiva, pero sí consigue conformar los “*habitus*” de gran parte de las poblaciones a las que vigilan y castigan, por recordar a Foucault.

Este argumento, en línea con los de Wacquant o Alexander, por ejemplo, lleva a una reflexión política crucial: la necesidad de repensar el papel del estado respecto a la pobreza urbana, porque “nosotros, como nación, nunca hemos tenido el compromiso necesario para dar a las poblaciones excluidas un verdadero sentido de ciudadanía económica y política”. La nación a la que se refiere Fernández-Kelly es Estados Unidos, pero podemos poner otros nombres de países desarrollados y aplicar el contraste entre las instituciones generales del estado y las “liminal institutions” orientadas a colectivos marginales. Esta reflexión a la que lleva *The hero's fight* es una crítica profunda al pensamiento conservador que ha inspirado la mayor parte de las políticas

sociales desde los años ochenta; pero es también una crítica al pensamiento “liberal” (por decirlo en términos estadounidenses), cuando ponen mucho el acento en la auto-mejora, en lugar de incidir en la urgencia de reformas estructurales del sistema económico y social.

El análisis de Baltimore desborda los límites de la ciudad de Maryland. Porque “Baltimore refleja tendencias más amplias de la sociedad en general: la evolución de *dos naciones*, una que se beneficia de los cambios tecnológicos, los altos niveles de educación formal y la creciente acumulación de capital, cuyos miembros viven en espacios comparativamente seguros; la otra nación se vuelve superflua y vive agrupada en barrios empobrecidos y segregados fuera de la vista de los que detentan el poder”. Este contraste entre “dos naciones” que señala Fernández-Kelly cobra más relevancia si, como es el caso, esta reseña se está escribiendo unos días después del 8 de noviembre de 2016 que quedará en la historia americana (y mundial) por varias razones: una de ellas es que ha mostrado más claramente que en anteriores ocasiones la existencia de dos naciones dentro de Estados Unidos.

El libro de Fernández-Kelly es un libro que debe ser leído, por parafrasear una expresión común en Estados Unidos. No solo por la conmovedora etnografía que recoge las vidas de personas “imperfectas pero heroicas” del Baltimore contemporáneo, de ese barrio donde creció y murió tan injustamente Freddie Gray, sino porque aporta algunos elementos claves para comprender la crisis estructural de nuestras sociedades y el ambivalente papel del estado y las instituciones públicas específicamente orientadas a abordar la pobreza y la marginalidad social.